

Barrera será tu ley....  
 Que el nombre de Dios acato,  
 Pero la sombra combato  
 De tu esposo y de tu Rey.  
 Dios tu oracion escuchaba,  
 Y tu esposo la torcía:  
 ¡No adores, sultana mía  
 Al amante de la Cava!  
 Si ser reina es tu ambicion,  
 De mi pasion en abono,  
 Yo te daré un rico trono  
 Dentro de mi corazon.  
 Te daré en prenda de amores  
 Diamantes, perlas, topacios,  
 De villas te haré palacios  
 Llenos de aromas y flores.

Todo junto poco es,  
 Pero te daré sin calma  
 La mejor joya, mi alma

Que está rendida á tus piés.

—¿Mi amor quieres conseguir?

Pónle tasa, pónle precio.

—Todos mis bienes.

—Desprecio

Todos tus bienes, Emir.

Daré á mi esposo al olvido,

Si tu corazon me inmola

Sólo una prenda.

—¿Una sola?

—Una tan sólo te pido.

A mi amor concederás

Tu relijion ¡soy cristiana!



—¡Mucho me pides, sultana,  
Pero aún te daré yo más!

VI.

Dos días después, ignoró con que rito,  
El Emir se casó con Ejilona.  
En esto el pueblo todo vió un delito,  
La viuda el esplendor de una corona.  
Y el Emir en su májico embeleso  
¡Que me perdone Alá! dijo llorando,  
Y la gloria buscó en amante beso  
Al ver como se estaba condenando.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generación  
CONSEJERÍA DE CULTURA

VII.

Todo el arte del Persa laborioso,  
La industria rica, imponderable, estraña  
Del sacro Ganges, y los mil portentos  
De la Libia remota y de la Arábia,  
Encierra el camarín, nido amoroso,  
Donde el Emir aduerme á la Cristiana.  
Ricos jarrones de marfil chinesco  
Que exóticos follajes ostentaban,  
Vasos de oro, pérsicos tapices,  
Y candelabros de coral y nácar,  
Armaduras con mallas de diamantes,  
Ricas tocas bordadas de esmeraldas,



JUNTA DE ANDALUCÍA

Pebeteros que exhalan los perfumes  
 De azucena y clavel, de mirra y ámbar,  
 Se miraban allí; mas si atraía  
 Tanto lujo la atónita mirada,  
 El corazón amante otros tesoros  
 Entre fuertes latidos contemplaba.  
 En un lecho de plumas y de sedas  
 Que amorosa lucha amor hollara.  
 Se miraba á Ejlona y á su lado  
 El poderoso Emir que la idolatra.

/em:

Abdalazís, soñando en las delicias  
 Que siente palpitar dentro del alma,  
 El talle primoroso de la viuda  
 Entre sus brazos cariñoso enlaza.  
 Tiene los negros ojos por el sueño  
 Cerrados, mas sus labios de escarlata  
 Besan en el ensueño palpitantes  
 Los labios de su bella enamorada.  
 ¡Gentil figura! Terrenal belleza  
 Que el pagano cincel divinizara,  
 Es aquella hermosura encantadora  
 Que sólo tuvo una rival, la Cava  
 Blanca como el armiño, trasparente  
 La fina piel hasta dejar marcadas  
 Las redes de sus venas, que entre rosa  
 Ténues se miran de azulado nácar,  
 El brazo alabastrino, y torneado,  
 Mórvida y leve la rosada planta.



C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA



Estrecha la cintura, el pecho amante,  
Que en olas se deprime y se levanta,  
Sobre sus copos de apretada nieve  
Meciendo los dos pétalos de grana,  
Los hechiceros ojos adurmiendo  
En sus negras pupilas vivas llamas  
De pasión ardorosa, sus mejillas  
Con los colores que dibuja el alba,  
Y sus labios corales encendidos  
Mostrando perlas que á la nieve igualan,  
Tal se mostraba la sin par belleza  
De aquella criatura soberana,  
A quien la jente sarracena puso  
Nombre de OMMALISAN, cuello de garza.  
Aquel conjunto rico de hermosura,  
Todo lo tiene bello, más nó el alma.  
Dentro del pecho encierra fiero cáncer  
De la ambición mas loca y desatada.  
Reina de un pueblo torpe y corrompido,  
Con todos los defectos de su raza,  
Ni tuvo majestad en su reinado  
Ni santa abnegación en la desgracia.  
Llora á Rodrigo, pero no al esposo;  
Llora á su reino, pero no á su patria;  
Mira en Abdalazís, no al dulce amante  
Mira al Emir; á quien el pueblo aclama.  
Ser reina es su ambición. Vendió al muslime  
Sus funerarias tocas; y la esclava,  
Convertida en esposa, dicta leyes  
Al noble musulman que la idolatra.  
Las horas perezosas de la noche  
Entre ambiciosos pensamientos pasa;



Contempla á Abdalazís, enajenado  
 Soñando en mil dulcísimas fantasmas,  
 Y su sueño de amor le causa hastío  
 Y su ventura le produce rábía.  
 Algunas veces ponzoñosas frases  
 De sus lábios de púrpura se escapan,  
 Y brota de sus ojos encendida  
 Chispa de fuego convertida en lágrima.  
 ¡Una corona! dice, ¡una corona!  
 Nací reina, no serlo es mi desgracia.  
 Y no pudiendo contener su horrible  
 Calentura de vértigo impregnada,  
 Sacude el brazo del Emir, que sueña  
 En la ardiente pasión de la Cristiana.  
 —¡Una corona! grita, ¡una corona!  
 —La tendrás.

—¿La tendré?

—Tu me lo mandas

Y alivia Abdalazís, dando un suspiro,  
 El rudo peso que le agovia el alma.

### VIII.

Un mes pasó. Murmúrase en *Esbilia*  
 Que del Emir en el soberbio alcázar  
 Entra de noche por oculta puerta  
 Gran porción de nobleza musulmana.  
 Que sale del palacio, cuando Aurora  
 Borda los campos de encendida grana,  
 Y que Yusuf, y Amet y Omar y Zaide

Afilan sus guerreras cimitarras,  
Convocando á sus deudos y parientes  
Para una empresa de valor cercana.  
Que el fiel Habib, amigo y compañero  
Del amoroso Emir, tiembla y se espanta  
De lo que al vulgo malicioso escuchá,  
Temiendo ver surgir cruda borrasca.  
Que el santón Aliatar, que en la mezquita  
Ruega á Alá por la jente musulmana,  
De su oracion excluye al mal creyente  
Emir que adora á la fatal esclava.

## IX.

Una cristiana, que en su pecho lleva  
La sangre infame de la incua raza  
De Julian y de Júdas, vió en mal hora  
Lo que yá todo el pueblo sospechaba.  
Vió del Emir en el alcázar réjio,  
Y en anchurosa y adornada estancia,  
Alzado un sólio, en el que asiento toman  
El Emir y Ejilona, entre las galas  
Del godó ritual y una cohorte  
De nobleza musulima cortesana.  
La hija de Júdas el secreto vende  
A su africano esposo, dando entrada  
A aquella nube que en su seno lleva  
El rayo destructor que brilla y mata.  
Llegó á Damasco la terrible historia,  
Y al fiero Soliman de gozo embriaga,



Pues odia á Muza, y de sus nobles hijos  
 El inmenso poder temor le causa.  
 Pronto llegó á Damasco la noticia,  
 Y presto llegó á Habib, aquesta carta:

«Yo, que en nombre de Mahoma  
 Y para glória de Alá,  
 Gobierno como Califa  
 Todo el orbe musulman;  
 A tí, valiente guerrero,  
 A tí, creyente leal  
 De la tribu de los Ferri,  
 Noble Habib-ben-Obeidad,  
 Te mando que á Abdalazis  
 Le dés muerte sin tardar,  
 Y su cabeza me envíes  
 De tu obediencia en señal.»  
 ¡Dios es grande! ¡Estaba escrito!  
 Exclamó Habib en su afan,  
 Pero al morir, su alma pura  
*Azrael* recibirá.  
 No es por sus ínclitos hechos  
 Ni por su glória sin par  
 El premio que merecia  
 El que el Califa le dá.

¡Alá lo quiere! Mas la grey musulima,  
 Que del Emir las prendas idolatra,  
 Rujirá de furor al ver la sangre  
 Del guerrero leon que la amparára.



¡El Califa lo ordena! ¡Dios lo quiere!  
 ¡Que se cumplan sus leyes soberanas!  
 ¡Muera el Emir, pero que el corvo alfanje  
 No produzca ni un eco en su venganza!  
 Habib, prudente, al almuezin convoca,  
 La hora del santo rezo se adelanta,  
 Y así, el pueblo de Islam no verá airado  
 La sangre de la víctima adorada,  
 Muriendo Abdalazis entre los himnos  
 De Amor y Vida en que aparece el alba.  
 El muslim llorará, mas ¡Dios lo quiere!  
 No es Habib ni el Califa quien lo mata;  
 ¡Es su destino fiero! ¡Es de Ejilona  
 La pasión torpe de ambición malvada.  
 ¡Despierta de tu sueño, rey Rodrigo,  
 También el musulmán tiene su Cava!

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA

X.

La diosa de la noche y la tristeza  
 Apaga su dulcísimo fulgor,  
 Recibiendo del mundo adormecido  
 Cual blando beso el matinal vapor.

Se escuchan en los bosques y en las mieses,  
 Sin ecos y sin nombres resonar,  
 Vagos, ténues rumores que ninguno  
 Sabe de dónde vienen ni á dó van.

Sus sonidos se aumentan cual si el Orbe,  
 En su lecho de nieblas y de tul,  
 Despertára lanzando los primeros



Cantares de su ardiente juventud.  
 Se miran á las flores entreabrirse  
 Y en su nido las aves rebullir:  
 ¡Oh primavera eterna dé la vida!  
 ¡Eres tú sola la inmortal huri!

Ejilona despierta entre el abrazo  
 Del bello amante, que con dulce afan,  
 Me llama, dice, la oración impía  
 Que ántes rezaba fervoroso á Alá!  
 Yo mi frente prosterno ante Mahoma,  
 Mas, bien sabes que el alma es de tu Dios.  
 ¡Ya ves, dulce adorada si te amo,  
 Que he vendido por tí mi salvacion!  
 Y Ejilona le dice:—¡La diadema  
 Prometida mis sienes ceñirá?  
 —Te lo juro, alma mia.

—Pero ¿cuándo?...

Y murmuró el Emir:—¡Hoy la tendrás!

## XI.

Extenso patio á la entrada  
 Del bello alcázar morisco  
 Se encuentra lleno de flores,  
 Y de naranjos y tilos.

Allí un musulman se mira,  
Que, cual fantasma maligno,  
Espera con impaciencia  
Que el almuezin dé sus gritos  
En el alto minarete  
Del templo de Alá bendito,  
Para ejecutar la obra  
De su malvado designio.  
Es Habib, el fiel muslime;  
Bajo el manto tunecino  
La empuñadura acaricia  
Del yatagan de dos filos,  
Y aunque sus ojos rasgados  
Desprenden raudal impío  
De lágrimas que denotan  
De su pecho los martirios,  
Es musulman, y á su pena  
Sólo dice—¡Estaba escrito!  
El muezin dá sus tres voces,  
Se oyen en el pasadizo  
Que dá al jardin, fuertes pasos,  
Y el noble Emir, pensativo,  
Aparece ante sus ojos  
Sin recelar del peligro.  
—¡Es posible Habib, murmura,  
Que el encono fermentado  
Y la envidia dén tal premio  
A sus gloriosos servicios?  
Pero el árabe se acerca  
Al Emir, y ¡Dios lo quiso!  
Murmura, en su cruda pena  
Vertiendo llanto furtivo.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Real Monumental de la Alhambra y Generalitat  
CONSEJERÍA DE CULTURA